



ÁNGELES IBIRIKA UN REFUGIO EN KATMANDÚ

*Cuando el destino deja de pertenecerte, ¿cómo amas a alguien
a quien solo podrás recordar el resto de tu vida?*

Ángeles Ibirika



Un refugio en Katmandú

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ángeles Ibirika, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2015
Depósito legal: B. 11.588-2015
ISBN: 978-84-08-14196-9
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Black Print CPI
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

Algo se había roto en el interior de su rodilla, y eso podía estropearlo todo. Era la misma maldita lesión que había sufrido en otras ocasiones. Pero intuía que ninguna había superado la gravedad de la que estaba a punto de dejarlo definitivamente fuera de juego.

—¡Le he dicho que estoy bien! —aseguró para que la enfermera dejara de insistir en examinarlo—. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

Dejó caer hacia atrás la cabeza y se mantuvo inmóvil sobre la estrecha camilla. Resopló para soportar el dolor en el costado y se fijó en el techo, cubierto de manchas oscuras de humedad. Al descender la mirada por la desconchada pared pintada de un verde claro, se sintió doblemente estúpido. En un lugar así, en el que hasta las sábanas transparentaban por el uso, era más que probable que no tuvieran ni el más antiguo de los sistemas de rayos X. Sólo un tonto podía ir a accidentarse a Nepal, a la bulliciosa ciudad de Katmandú, y precisamente cuando menos podía permitírselo.

—Debería dejar que lo reconozca —aconsejó la enfermera en un simple inglés con marcado acento alemán.

—¡Sólo quiero irme de una maldita...!

La acción de tensar el cuerpo para erguirse volvió a dejarlo sin aire, y el dolor no le permitió moverse ni siquiera para regresar a la posición de reposo.

Ella se quedó callada, de nuevo con la vista clavada en las manchas rojas de la camiseta. Después le miró las magulladuras de la mejilla y el corte junto a la sien del que él aseguraba que había brotado toda aquella sangre.

—Lamento decir que no va a ser tan sencillo como cree.

Matthew se echó con lentitud hacia atrás y desahogó su frustración golpeando la cabeza contra la pared, una vez tras otra.

—Sólo necesito calmantes —insistió desde la oscuridad que le daban los párpados cerrados—. Y una rodillera, si es que la tienen.

—Necesita mucho más que eso. ¿No ve el lamentable estado en el que le han traído, con dificultad para respirar, cubierto de sangre que no sabemos de dónde...?

—Yo no pedí que lo hicieran. Deme los malditos calmantes y dejaré de molestarla.

—Entra en mis quehaceres diarios el cuidar tanto a personas amables como a bordes desabridos. —Le dedicó una sonrisa irónica.

Se giraba para marcharse cuando Matthew la retuvo sujetándola por la muñeca.

—¡No lo entiende! ¡No puedo esperar más! Debo irme ya. ¡Ahora!

Ella recuperó su mano y hundió las dos en los bolsillos mostrando indiferencia.

—Como usted quiera. Le traeré algo para el dolor.

Matthew resopló con alivio al quedarse solo. Al fin podría irse. Incluso con calmantes sería doloroso, lo sabía, pero más doloroso sería aún si lo encontraban allí. Si ya habían dado con él dos veces, bien podrían hacerlo una tercera. Y esta vez les resultaría más fácil, pues sólo tendrían que recorrerse los hospitales de la ciudad. Le habían golpeado fuerte los malnacidos, y hubieran seguido haciéndolo si no hubiera conseguido escapar. Lo tuvo claro cuando, en plena carrera, tuvo una fracción de segundo para elegir entre lanzarse al demencial tráfico o detenerse y dejar que volvieran a agarrarlo.

Volvió a abrir los ojos cuando oyó la voz de la enfermera.

—Es analgésico —le explicó mostrándole una jeringuilla desechable.

Mathew miró al techo para no ver cómo la aguja se le clavaba en el brazo. Era un tipo duro al que no le asustaba el dolor, pero al que los pinchazos o las heridas más simples podían marearlo. Toda una contradicción que llevaba años tratando de superar sin conseguirlo.

—Yo en su lugar esperaría un poco a que hiciera efecto —le aconsejó a la vez que frotaba con un algodón el pequeño punto rojo.

Trató de relajarse. El calmante estaba actuando con rapidez, y por momentos se sintió mejor. Notó que se le cerraban los párpados. Necesitaba descansar un poco antes de irse; recuperar fuerzas. Llevaba días huyendo, primero cuando por su imprudencia lo localizaron en Patan y frustraron sus planes, y después, inesperadamente y cuando no creía que fueran a dar con él, en Katmandú. Eso probaba que estaba en el lugar correcto.

Notó que se relajaba demasiado, y a pesar de la necesidad de dormir hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos, y miró a la enfermera. Ella sonreía. Mostraba una sonrisa extraña, le pareció a él que victoriosa.

Y entonces entendió lo estúpido que había sido.

—Maldita... loca... —murmuró con dificultad a la vez que hacía esfuerzos por levantarse.

Pero fue inútil. Los únicos músculos que parecían responderle eran los que tenía doloridos y al tensarse le dejaban sin aire. La cabeza se le iba y los párpados comenzaron a pesarle como si fueran de hormigón armado.

—No me haga esto... No... —balbuceó mientras sentía que perdía la consciencia.

Estaba perdido. Temió que la próxima vez que abriera los ojos estuviese otra vez besando el suelo ante los rígidos zapatos de aquellos cabrones. O en la bodega de un avión, abandonando a la fuerza el país.

Tenía que abrir los ojos.

Tenía que luchar contra la oscuridad en la que se estaba hundiendo.

Tenía que hacer algo con rapidez...

... o estaría perdido.

* * *

No podía respirar. La presión en el cuello amenazaba con aplastarle la tráquea. No quedaba espacio por el que pudiera pasar el aire y tampoco el grito con el que se esforzaba en pedir ayuda.

Ayuda..., o clemencia.

Logró aferrarse a lo que le oprimía y tiró con fuerza sin conseguir que nada se moviera. Todo terminaba, y aun así peleó con el que creyó que era ya su último aliento. Un sonido fuerte resonó en su cabeza a la vez que por fin lograba gritar y abría los ojos. Y junto al duro esfuerzo de respirar con resuello llegó también la angustia de no entender dónde estaba ni con quién.

Jadeaba ruidosamente cuando de pronto notó la presión de una mano en el hombro.

—Tranquilo, sólo es una pesadilla.

—¿Cómo dice?

Miró alrededor descubriendo las mismas manchas de humedad con las que había soñado. Se encontraba en una estancia grande, de verdes y desconchadas paredes, con una puerta en cada extremo y un buen número de camastros separados unos de otros por gastadas cortinas blancas. O más bien grisáceas. A su izquierda tenía un ventanal por el que la luz del día penetraba desvergonzada, como casi hicieron las palomas que agitaron las alas junto a los cristales hasta asentarse en el marco de madera. Frente a él, al otro lado del pasillo, un anciano de piel morena y arrugada agitaba las manos y alzaba la voz en aquel idioma extraño, imaginó que protestando por el al-

boroto que probablemente había armado durante su pesadilla. A su derecha, la puerta abierta dejaba ver el ajeteo del pasillo, que le recordó al de las coloridas calles de aquella caótica ciudad.

—Digo que ha debido de ser otra pesadilla. Ha estado muy agitado.

Ni siquiera la oyó.

—¿Dónde estoy?

—Sigue en el hospital. En nuestra mejor suite —tampoco advirtió su tono de mofa—. Lo pasamos aquí en cuanto pudimos examinarlo y tratarle las lesiones que traía.

—¡No! Tengo que irme.

Lo gritó al tiempo que se incorporaba con decisión, pero un dolor punzante en el costado le detuvo. La enfermera endureció el tono.

—¡A dónde quiere ir en su estado! O se tranquiliza o me obligará a hacerlo yo, y de nuevo por la fuerza.

—No tengo nada grave, así que ni usted ni nadie me retendrá aquí.

—No sabe con quién está hablando —esbozó una sonrisa irónica—. Voy a comunicar a la doctora que se ha despertado. Lleva tiempo esperando a que lo haga.

Un minuto. Ese era el tiempo que él necesitaba para reunir fuerzas y levantarse. Era bueno soportando el dolor. Lo había aguantado otras veces, cuando los motivos que tenía para hacerlo no eran tan importantes.

Tomó aire despacio al tiempo que intentaba poner en orden los recuerdos de los últimos días. El inesperado encuentro con los guardaespaldas en el callejón, los golpes. La alocada carrera... Se llevó las manos al rostro al revivir la caída contra el asfalto. Descubrió un profundo rasponazo en la mejilla y una ancha tira de esparadrapo junto a la sien. Ningún vendaje en la cabeza a pesar de que el impacto le hizo creer que se la había abierto. Se había arriesgado mucho al intentar cruzar por entre aquel caos circulatorio, pero al menos la presencia de

quienes se acercaron a auxiliarle había alejado a los matones. Aunque no sabía por cuanto tiempo, ni siquiera si para entonces volvían a tenerlo localizado.

Miró de nuevo al anciano de enfrente, que seguía voceando y agitando los brazos, ahora casi con desesperación.

—Buenas tardes. No me han indicado su nombre.

La delicada voz femenina lo sacó de sus pensamientos. No la había oído llegar. Y tampoco a la enfermera, que regresaba cargada con dos bolsas de hielo, una de las cuales le colocó sobre la rodilla sin mediar palabra.

—Soy Matthew Gilmore.

Tras pronunciarlo pensó que su madre se sentiría orgullosa si supiera que estaba utilizando su apellido de soltera, aunque con un nombre inventado. Le dolía haberla dejado preocupada al decirle que durante unas semanas se aislaría en su apartamento de Manhattan para decidir qué quería hacer con su vida. Pero ese había sido un mal menor. La angustia la estaría matando si llegara a saber, o tan sólo a presentir, que en realidad su viaje lo había llevado a Nepal.

—Encantada, señor Gilmore. Mi nombre es Claudia, y soy la doctora que va a ocuparse de usted —le contó en un inglés de impecable acento.

—Me alegra verla. Tengo verdadera prisa por salir de aquí.

—Todos suelen tenerla. —Matthew volvió a rozarse la sien con los dedos, y la doctora señaló con la mirada a la enfermera—. Se le está pasando el efecto del analgésico. Katharina le pondrá otro. Ha estado todo un día semiinconsciente por efecto de los calmantes...

—¿Cómo ha dicho?

—Tuvimos que sedarlo porque no se dejaba auscultar. Y déjeme decirle que tiene...

—¿Todo un día? ¡Con qué derecho lo han hecho!

—No se enfade, señor Gilmore. Tan sólo le sedamos un poco para examinarlo; la medicación y su estado han hecho el resto. —Sacó una gasa del bolsillo y se la pasó por la frente per-

lada de sudor—. Tiene dos costillas rotas que debemos vigilar para asegurarnos de que no le comprimen el pecho ni los pulmones, algunas heridas de menor importancia y lo que parece rotura de los ligamentos cruzados de su rodilla izquierda. No disponíamos de una férula para inmovilizársela, pero lo hemos hecho con un vendaje que...

—¡No puede ser!

—Si no se altera, el dolor que le provocan las costillas rotas será más llevadero. No andamos sobrados de analgésicos.

—No entiende nada.

No entendía que los guardaespaldas podían estar buscándolo. Que incluso podían haberlo encontrado ya, mientras dormía. No entendía que tenía que desaparecer, permanecer oculto hasta que se convencieran de que ya estaba lejos. Esconderse y recuperarse para poder hacer lo que le había llevado a aquel país.

—Tiene razón, todavía no entiendo cómo se ha hecho todo esto.

—¡Qué importa cómo!

—Según las personas que le trajeron, le atropelló un coche.

—Una furgoneta. Iba mirando un mapa. Crucé la calle sin mirar...

—¿En Katmandú? —exclamó de pronto la enfermera, cuando le colocaba la otra bolsa de hielo sobre las costillas—. ¿En una ciudad con un tráfico caótico en el que hasta es difícil saber por qué lado se conduce?

Matthew contrajo la mandíbula. Su ánimo no estaba para soportar las ironías de aquella enfermera de tosco acento alemán.

—No presté la debida atención. Quise evitar que la furgoneta me pasara por encima y me lancé al suelo.

—Eso no explica la rotura de los ligamentos.

—No sé cómo ocurrió, doctora. Ya le he contado que iba corriendo y que todo fue muy rápido.

—¡No nos ha dicho que fuera corriendo, sino que iba des-pistado, mirando un mapa! —volvió a intervenir la enfermera.

Matthew se tomó unos segundos. No era fácil contar una mentira si no se tenía práctica. Sobre todo cuando se pretendía mezclar datos ciertos con otros del todo inciertos. Ignoró a la mordaz alemana mirando directamente a los ojos de la médica.

—De verdad, no recuerdo bien cómo sucedió todo.

—No se preocupe, señor Gilmore. Su desorientación es ló-gica. Le dejaremos descansar.

Observó su aspecto menudo, su melena corta, ondulada y de un claro color castaño, que llevaba recogida en una brevísima coleta. Sus gafas, de una montura marrón que recordaba al caramelo, igual que lo hacía el color de sus ojos, le conferían un curioso aire entre intelectual y despistado. De no haber sido por la tarjeta que llevaba en el lado izquierdo de su bata, en la que se podía leer con claridad «Dra. Claudia Urarte», hubiera dudado de que realmente fuera doctora y no una cándida maestra de primaria.

—¿Cuándo podré irme?

Ella metió las manos en los bolsillos de la bata y lo miró durante unos segundos con la calidez con la que una maestra hubiera mirado a un niño difícil.

—Pronto. En cuanto nos aseguremos de que las costillas rotas le dejan respirar con normalidad y no suponen un peligro ni para los pulmones ni el corazón. Después no tendrá problemas con ellas, porque sanarán solas, y mientras lo hacen podrá controlar el dolor con analgésicos. Su rodilla sí le exigirá un reposo durante los primeros días. Y mucha rehabilitación, aunque para que vuelva a ser la misma debería viajar a su país y hacer que se la opere un buen especialista. —Fruunció los labios en un gesto de frustración—. ¿Hay alguien a quien podamos llamar? Queríamos localizar a algún familiar suyo aquí, pero no llevaba documentación encima. Debió de perderla en el accidente.

—He viajado solo.

—¿Y quién es Ramesh? No ha parado de nombrarlo en sueños.

Disimuló un sobresalto.

—No sé. No conozco a nadie que..., ¿qué nombre ha dicho?

—Ramesh.

Se preguntó qué habría podido decir y cuánto de todo ello había entendido la doctora. El maldito Ramesh no sólo había frustrado sus planes en la ciudad de Patan o le había enviado a sus guardaespaldas para «convencerlo» de que abandonara el país. Ahora también le aparecía en sueños para advertirle que no volviera a intentarlo porque jamás lo conseguiría.

—No. Definitivamente no conozco a ningún Ramesh.

—¿Y tiene a alguien a quien podamos avisar de que se encuentra aquí, y por suerte vivo?

—Me temo que no. Apenas llevaba un día en la ciudad. No me dio tiempo a hacer amigos. —Forzó media sonrisa—. Y ya le he dicho que vine solo.

—Si puedo ayudarle en algo más.

—¿Podría conseguirme un teléfono?

—Por supuesto. Imagino que querrá hacer una llamada a su país, con lo que será mejor que use el mío.

—Se lo agradezco.

Esta vez la sonrisa le asomó sin que necesitara forzarla.

Tomó el teléfono móvil y esperó a que la doctora se apartara, a que cerrara las cortinas para tener algo más de intimidad, aunque no tanta como para perderla de vista. Respiró muy despacio antes de marcar el número, seguro ya de que estaba lo bastante lejos como para no oírle o entender lo que decía. Y aguardó con ansiedad a que descolgaran.

—Detenlo todo. No lo he conseguido. No he podido hacerlo y voy a tener que cuidarme durante un tiempo.

Alzó la mirada al techo al sentir la preocupación al otro lado. Pero sólo durante unos segundos para después volver su atención a la puerta de entrada. La vio sonriendo junto a otro paciente, pero también mirándolo a él con disimulado interés.

Bajó un poco más la voz.

—Tranquila. Estoy bien. De verdad que estoy bien. No pue-

do decirte dónde, pero te juro que estoy bien. Voy a tener que esconderme... ¡No, no sé por cuánto tiempo!

Se presionó con los dedos los párpados cerrados mientras escuchaba consejos a los que ya no prestaba atención. Se los había oído todos durante semanas, después de que le contara sus planes y le pidiera ayuda.

—Olvidalo, porque no voy a regresar. Lamentablemente, todo eso ya acabó para mí. No voy a irme sin lo que he venido a buscar. Así que necesito que le hagas creer que he vuelto a casa. Querrá asegurarse de que no sigo aquí. Por favor, encárgate de que no le quede ninguna duda.

Todo cambió de pronto.

Sintió un frío paralizador al ver llegar a aquel chico de tez y cabello oscuros, con pantalones flojos y camisa amplia y un corto chaleco marrón. No aparentaba más de diecinueve o veinte años, igual que el joven taxista que lo llevó engañado al encuentro con los matones. Se dijo que no era cuestión de desconfiar de todo el que tuviera la misma aproximada edad y apariencia, pero el chico, de rostro risueño y amigable, le provocaba toda la sospecha que no sintió con el otro. Lo pensó mientras lo veía recorrer el pasillo mirando hacia los lados, claramente buscando a alguien en las camas.

—Tengo que colgar. Volveré a llamarte en cuanto me sea posible.

La suerte quiso que apareciera la doctora Jekyll antes de que el muchacho llegara a la altura de su cama, y que tras entrecruzar unas palabras en nepalí lo condujera de nuevo hacia la salida.

Cerró los ojos y masculló una maldición. Haber pasado más de un día dormido lo había dejado en clara desventaja, cuando ni siquiera sabía qué había pasado allí durante todo aquel tiempo. Y, ahora, la llegada de aquel chico añadía más preocupación. Le hacía sentir que allí no estaba a salvo.